

Año VII — — — Núm. 278

Buenos Aires, Septiembre 21 1928

SEMANARIO ANARQUISTA

Número suelto 0.10 Ctvs. — Subscripción trimestral $ 1.20

TODA CORRESPONDENCIA a DONATO A. RIZZO Venezuela 4146 - Rep. Argentina

I.I.S.G. COLLECTIE UGO FEDELI

Por Radowitzky Siempre

LA HUELGA GENERAL PARA EL 14 DE NOVIEMBRE

Como van los ríos al mar y buscan las aguas su nivel, obedientes al ritmo universal de la naturaleza, las conciencias que se ha logrado conmover e interesar, las voluntades ganadas y las energías suscitadas por la campaña de libertad por Radowitzky tienden, respondiendo al ritmo de la solidaridad que es la ley superior de la humanidad, a desembocar en los cauces de la acción para la materialización del alto objetivo. La campaña iniciada hace más de un año y sostenida con creciente esfuerzo ha prendido profundamente en las conciencias capaces de sentir la sugestión de la libertad y el impulso de la justicia, alistando voluntades generosas, cuyo despliegue de energías en las varias huelgas parciales verificadas en este solo año ha tenido la virtud de atraer el concurso de combatientes nuevos, de núcleos de opinión hasta poco antes indiferentes. Es que la agitación, cuando pasa de la palabra al hecho, del mitín o el impreso a la huelga, crece en eficacia y multiplica su influencia, penetrando en todos los ambientes, preocupando, en pro o en contra, hasta a los más indiferentes y removiendo, hasta en los seres más impermeables a la sugestión de la palabra hablada o escrita, el fondo solidario de su conciencia.

Por eso dijimos al comentar las primeras huelgas por la libertad de Radowitzky, que su valor, con ser relevante, no estaba tanto en sí mismas, en su intensidad y su extensión propias, sino en sus seguras proyecciones, en las perspectivas que abrían a acciones cada vez más potentes. Y esto es lo que se ha visto en el movimiento del 23 de agosto, más extenso, intensivo y potente que los anteriores y, por lo mismo, de más amplias proyecciones. Y esto es lo que se verá también en la acción próxima, que se anuncia de más vastas proporciones.

Tal es el carácter que debe asumir una agitación para tener probabilidades de éxito, que no están en su prolongación sino en su creciente intensidad. No avanzar más equivale a retroceder, ya que ambas actitudes conducen igualmente a la derrota. La agitación por la libertad de Radowitzky está, pues, sobre buen camino, firmemente orientada al logro de su objetivo por el creciente esfuerzo anarquista, que sale de una acción para promover otra de más volumen.

Todo nos parecerá poco mientras la agitación no triunfe, y nuestro entero afán estará enderezado a precipitar la mayor suma de energías en la lucha y a desencadenar las acciones más audaces y potentes. Hay que forzar la lucha, so pena de que ésta languidezca en una prolongación para ella mortal, y hay que forzarla sobre todo para no llegar demasiado tarde a la salvación del mártir de Ushuaia, cuyos sufrimientos no tienen tregua. En nuestra impaciencia, que es la misma que determina la fiebre de la acción en grandes masas de obreros, ya no nos satisfacen las huelgas parciales por 24 horas. Tampoco les satisfacen a la mayor parte de los gremios de Rosario, que han planteado a las organizaciones obreras de todo el país la iniciativa de la huelga general por tiempo indeterminado a partir del 14 de noviembre, 19.º aniversario del hecho por el que Radowitzky está en presidio.

Esa es, ahora, al punto a que han llegado las cosas, la necesaria acción, determinada por la imperiosa urgencia de extremar la agitación, y preparada y madurada por la larga y constante propaganda y por la fecunda sugestión de las huelgas anteriores.

Faltan casi dos meses para esa fecha. Tiempo sobrado, si de verdad hay voluntad de acción, para mover la decisión necesaria de los obreros y suscitar el más formidable despliegue de energías.

Pongamos fe y entusiasmo en el empeño, y las energías en él desplegadas saldrán acrecentadas de la lucha, ya que no hay mejor estimulante para la acción que la acción misma. Y demostraremos, además, contra todos los calumniadores del anarquismo y contra los roedores del pesimismo, que nuestra apasionada agitación por los presos sociales no es una manifestación esporádica o accidental determinada por las circunstancias o por el momento político, como algunos de nuestros enemigos insinúan, sino una actuación práctica de nuestros principios que nos esforzamos en hacer lo más frecuente e intensa posible. En la lucha por la liberación de nuestros hermanos prisioneros, nosotros identificamos una manifestación capital de nuestra obra de educación anarquista, ya que la solidaridad es principio básico de todas nuestras concepciones.

Por Radowitzky, ahora, propugnamos la huelga general del 14 de noviembre. Después, iremos a arrojar nuestras lanzas contra otros reductos. Adelante!

LA HUELGA

Si hay un arma propia, un medio de lucha genuino de los obreros y los revolucionarios — fuera de la revolución que más que un arma es la consecuencia del eficaz empleo de todas las armas subversivas, — este medio es la huelga, expresión, por excelencia, de la acción directa de los trabajadores, que la han hecho su arma habitual, y no de una fracción más o menos considerable, sino del entero proletariado. No puede ser restringida ni evitada, pues escapa a todas las previsiones del legislador y del gobernante. Aunque se la declare ilegal, o se legisle sobre ella pretendiendo encauzar sus manifestaciones en los términos fijados por la ley, la huelga ha irrumpido lo mismo, amenazadora y temible, trastornando el mecanismo de la explotación burguesa, así sea bajo regímenes tiránicos, como el zarismo antes y la dictadura bolchevique ahora, o bajo dictaduras insidiosas enmascaradas de democracia, como ha calificado Vandervelde a Norteamérica, cuyo juicio puede hacerse extensivo a todas las pretendidas democracias.

La huelga es la preocupación de la sociedad moderna, el fantasma que no consiguen desvanecer ni los exorcismos del sacerdote, por más que el socialismo cristiano fomentado por la famosa encíclica pretenda bastardear el movimiento obrero, ni las cavilaciones de los economistas, ni las menudas razones de los sociólogos de la burguesía, ni los considerandos de los jueces, ni las sanciones de legislaturas y gobiernos, ni el poder de las fuerzas armadas.

Arma del pueblo obrero, su acción no se reduce a la gestión directa de los meros intereses gremiales, sino que alcanza a cuanto atañe a la libertad de todos y a la entera solidaridad humana. Puede servir, y ha servido, tanto para imponer mejores condiciones de trabajo, como para imponer la derogación de leyes, la excarcelación de presos y el respeto de las libertades públicas. Y su valor social, su fecunda trascendencia emancipadora es tanto mayor cuanto más responde a intereses generales, y por lo mismo superiores, que salen del marco de los intereses gremiales inmediatos.

El movimiento obrero como la huelga son, pues, realidades que no se pueden desconocer. Existen; son hechos permanentes que deben ser tenidos en cuenta por su indudable gravitación en la vida colectiva. ¿Inconcluyentes? Sí, aunque siempre útiles, mientras se atengan al reducido cuadro de las inmediatas reivindicaciones gremiales. Pero de fecundas proyecciones revolucionarias cuando, levantando el punto de mira, apuntan más alto y más lejos, atacando el mal en sus raíces y no ya solamente en sus consecuencias. A mayor conciencia obrera, más amplitud de acción. Precisamente porque esto queremos, estamos empeñados en trabajar aquella con nuestra propaganda y sobre todo con el ejemplo de nuestra acción en el foco mismo de la lucha. Por eso estamos entre el pueblo, y entre los obreros que constituyen su parte más interesante y promisora, en el persistente afán de elevar la conciencia colectiva y levantar la acción obrera y popular a los planos superiores de la solidaridad.

La campaña por la libertad de Radowitzky, y la iniciativa de huelga general por tiempo indeterminado a iniciarse el próximo 14 de noviembre que está abriéndose camino en la decisión del proletariado, es una buena prueba de ello, como lo fueron igualmente los anteriores movimientos por la salvación de Sacco y Vanzetti.

Nuestra misión está señalada ahí, y es la de promover, en el seno mismo del proletariado, la superación de sus luchas hacia objetivos cada vez más solidarios y generales.

La Ciencia de la Revolución

"En seis meses tendremos el socialismo" LENIN

Max Eastmann, escritor norteamericano que publicaba una interesante revista titulada "Las Masas", acaba de escribir un notable estudio crítico del marxismo con el título original que encabeza estas líneas.

Marxista él mismo, se ha dedicado con singular honradez y valentía a revelar los últimos reductos de una actitud mental que por más "científica" que se proclame no ha salido todavía de las nubes de la metafísica, pese a las pretenciones de absurdo practicismo que supone profesar.

Se refiere en este volumen sobre la ciencia novísima de la revolución, que Lenin, en el curso de las primeras reuniones del Soviet de los Comisarios del Pueblo, no se cansaba de afirmar que "en seis meses" florecería el socialismo. Pero que a penas habían transcurrido "cuatro meses" cuando ya Lenin declaraba en una reunión de su partido "que los ladrillos que debían servir para construir el edificio del socialismo no estaban cocidos todavía".

Como gran táctico que era de la "revolución desde el poder", esperaba que el comunismo se instauraría a fuerza de decretos emanados desde el Comité Central del partido comunista formado por los más destacados maestros de pala del horno soviético, encargado de dirigir desde arriba el paso de la organización social capitalista a la socialista, porque, como lo revela el autor de "La Ciencia de la Revolución", ninguna cuestión importante, sea de orden político, sea concerniente a la organización, es resuelta por ninguna institución Estatal de nuestra República, sin una **instrucción directa procedente del comité central del partido**".

De ese modo ultra-científico el dictador ruso se imaginaba que los ladrillos estarían cocidos en seis meses, sin sospechar que reeditando un viejo prejuicio autoritario patinaría eternamente en el mismo punto, o la revolución abortaría por falta de movilidad, de vida, de creación popular independientes de sugestiones directoras o compulsiones crudamente autoritarias, como en realidad sucedió apenas el pueblo abandonó la gestión de sus intereses inmediatos más vitales y la revolución pasó a ser "administrada" por los "técnicos" y líderes de un comité central ejecutivo con más poderes que los soberanos personales del viejo régimen.

Cuando los anarquistas afirman que no hay posibilidad de reorganizar la vida social sobre los carcomidos cimientos de la civilización capitalista que rinde culto a los héroes y a las personalidades providenciales y oprime, olvida y desprecia a las masas populares, los "socialistas científicos", marxistas por otro nombre, nos disparan a quemaropa aquello del utopismo.

Los hombres prácticos, los que no se pagan de idealismos, los que están siempre resueltos a aferrar "el toro de la realidad" por los cuernos, son justamente los menos prácticos y los más ganados por el utopismo burgués y autoritario más fatal para la revolución. Están convencidos de que el pueblo no puede hacer la revolución y de que hay que hacérsela sufrir.

Hoy, y cada vez más, se reconoce la base inconmovible del punto de vista libertario, y el grito de Bakunin contra la "eterna locura teórica" de Marx, repercute, no solamente "a través de toda la gran literatura anarquista" como dice Marx Eastmann, sino en todos los pensadores, sociólogos y publicistas sinceros, y hasta en los mismos marxistas cuando tratan de escapar del fárrago abrumador de la metafísica pseudocientífica del materialismo histórico.

Max Eastmann reconoce que el marxismo está limitado y plagado de actitudes mentales fronterizas con el espíritu religioso, — con el agravante, para nosotros, de que pretende servir a la emancipación de las masas —, y somete a la crítica los dogmas fundamentales que constituyen la doctrina de su maestro. Señala cómo el postulado de las "necesidades económicas" reviste en realidad todas las características de una pura enunciación dialéctica desmentida en la práctica hasta por la misma experiencia rusa, ya que sí, como Carlos Marx decía, "ninguna forma social desaparece si antes las fuerzas productivas a las cuales ella corresponde no han alcanzado su pleno desarrollo", un país como Rusia que presentaba un desarrollo industrial tan poco adelantado no podía ser el lugar indicado para una revolución proletaria, puesto que le faltaban las "premisas económicas" indispensables.

Por eso es muy natural que, para Max Eastmann, Lenin sea un herético que, invirtiendo la marmita marxista donde hierve eternamente el sacrosanto dogma de las "condiciones", se dijo con sensatez anti-marxista: ¿por qué no comenzaremos nosotros por realizar la revolución para establecer relaciones "superiores de producción, apoyándonos sobre el poder de los obreros y de los campesinos"?

Con idéntico acierto pone al descubierto esa otra mentira del evangelio bolchevique y marxista que asegura la desaparición automática del Estado una vez que el proletariado se apodere de él y lo use como instrumento de su poder, afirmando con un evidente buen juicio, que cualquier anarquista estaría pronto a subscribir, que "aquellos que se interesan sincera y profundamente por la libertad se cuidarán muy bien de depositar su confianza en esta "desaparición automática y demasiado dialéctica del Estado, que predice el utopismo marxista post-revolucionario". Concepto y consejo corrientes entre los anarquistas, que se encarga de corroborarlos la historia de todos los Estados y de todas las dictaduras, la comunista inclusive. Y después de señalar como un peligro para el "progreso de la revolución", el burocratismo, la piedad revolucionaria e ideológica que lo acompaña, el revisionismo, el "izquierdismo infantil" (enfermedad de infancia, según Lenín), y el utopismo marxista de la desaparición del Estado, que "la verdadera ciencia de la revolución" debe saber inutilizar a tiempo, el autor sostiene que: "una ciencia madura de la revolución pondrá en lugar de todas esas leyendas intelectuales este simple objetivo: hacer, de la dictadura proletaria y de la propiedad colectiva de los medios de producción, en la medida compatible con cada faz de su desarrollo, una sociedad humana libre y digna de ese nombre".

Hemos dicho que Max Eastmann es un marxista declarado y sincero; al estudiar lo que él llama la contribución anarquista a la ciencia de la revolución pone bien de relieve toda la fuerza, la pasión y el honrado sentimiento revolucionario de los anarquistas. Pero no se oculta que la dictadura del proletariado deberá tratarlos como contra-revolucionarios, sin titubeos, y "en una medida justificada por las necesidades prácticas".

Un comunista autoritario consecuente con sus ideas tenía que llegar a esta conclusión lógica, por más que en la crítica de la doctrina marxista lo guiara el afán saludable de liquidar los restos de dialéctica y de metafísica que los comunistas se niegan a ver.

La dictadura del proletariado es el último tributo terriblemente trágico que la mentalidad autoritaria, prisionera de un irreductible círculo vicioso, rinde al anhelo de emancipación humana, y es hoy el peligro más grande que amenaza convertir el socialismo en un fascismo al revés.

El autor de "La Ciencia de la Revolución" expresa que "los anarquistas son los únicos que han eliminado toda metafísica" en sus puntos de vista sobre el socialismo, y él mismo funda toda la razón de sus críticas al marxismo demostrando que Marx no hizo más que aplicar la filosofía del alemán Hegel a sus estudios sobre el capitalismo.

Pero la "locura téórica", que decía Bakunin, se defiende en sus últimos baluartes. Es difícil curarse de achaques metafísicos.

Nunca será hacerle un buen servicio al socialismo sostener que una sociedad humana y digna de este nombre puede ser parteada con el forcep violento de la dictadura proletaria manejada por los "técnicos de la ciencia revolucionaria". Un comunista o socialista no ha comprendido el problema vital de la revolución social cuando cree que una tarea tan grandiosa como la que ella significa puede ser abandonada a un partido, aunque esté formado de genios o gigantes. Es obra fundamentalmente popular, jamás de dictadores providenciales, por más virtuosos que sean. Una obra grande requiere un plan igualmente grande; por eso los anarquistas apelamos al pueblo, presente sobre toda la tierra y único "personaje" y "técnico" irreemplazable de sus propios destinos.

Si el socialismo ha elaborado un pensamiento concreto de eterna perduración, es la afirmación incontrovertible de que no hay para ningún problema humano otra solución que no sea la que la libertad y el entendimiento mutuo puedan ofrecer.

Si la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos, la emancipación de la humanidad no puede ser jamás función de ningún gobierno, autoridad o poder. Para "cocer" ese ladrillo son despreciables e insignificantes las luminarias de todos los autócratas juntos.

Esta adquisición definitiva del pensamiento socialista lograda en una libérrima colaboración de duros esfuerzos populares y de humildes aportes teóricos de sabios y estudiosos, es hoy desconocida en los hechos por todos los pretendidos "socialistas" a quienes los compromisos con el "orden" capitalista o el peso muerto de los prejuicios burgueses les impide ver la verdad, o si la ven no pueden proclamarla, y es en cambio propagada y defendida con ardor por los únicos socialistas auténticos — en el verdadero significado de la palabra socialista — que no están resueltos a postergar para las calendas griegas la revolución. Hablamos naturalmente de los anarquistas.

Italia Bajo el Terror

La condena de la familia Zamboni - El proceso de Milán

A los dos años del atentado de Bolonia, que pagó con su vida en el lugar mismo del hecho el niño-héroe Anteo Zamboni, apuñaleado por cien manos fascistas en un frenesí de sádica venganza y pisoteado después por una multitud bárbara, nos sorprende la noticia de la vista del proceso al padre y la tía de Anteo, por responsabilidad moral, y de un hermano, Ludovico, por complicidad directa. Nada sabíamos de la substanciación de ese proceso; nada dijeron tampoco, que sepamos nosotros, las publicaciones anarquistas en lengua italiana. El secreto de los procesos y el régimen de censura establecidos por el fascismo, explican sobradamente el desconocimiento del proceso. Si esto ha ocurrido en esta derivación del atentado de Bolonia, de notoriedad sensacional, cuántos serán los casos, no menos graves por sus consecuencias para las víctimas condenadas por hechos mucho menos importantes, que son sepultados en el silencio, sin que llegue a la conciencia solidaria del mundo ni el más leve eco de su dolor? El cuadro de la situación terrible del pueblo italiano es, para todo hombre de conciencia, un hondo motivo de pena: tal es la impresión de horror que ofrece.

Ahí tenéis ese padre que en la fría penumbra de la prisión, se substrae al pensamiento de la tremenda amenaza que le acecha, mimando en versos del bello idioma el recuerdo heroico del hijo muerto. Y fué, sobre todo por esa prueba, condenado a 30 años de presidio.

Ahí tenéis a Virginia Tarraboni, — fuerte en su amor a aquel gentil sobrino que quiso tomar sobre sí, en la edad de los últimos juegos y los primeros amoríos, la misión de ejecutar la ejemplar venganza de los hombres — reivindicando con fervidez maternal el idealismo de Anteo. Y fué condenada también, por eso precisamente, a 30 años de prisión.

Donde hasta el amor es delito, la infamia y el crimen llegan hasta lo increible. Y a eso llegan, infamia y crimen, en la triste tierra italiana.

Mientras Mammolo Zamboni y Virginia Tarraboni entran al presidio y Ludovico es absuelto para ser objeto, acaso, de la venganza extraoficial de las turbas fascistas, o tal vez confinado; mientras Gino Lucetti, en su encierro, siente redoblada en su pecho, ante el prolongado horror de la tiranía, la gran pena de no haber acertado con su gesto; mientras, a miles y miles, los subversivos sufren, en las prisiones y en las islas de confinamiento, o en una "libertad" como la de Malatesta peor que la prisión misma, el tormento de su forzada impotencia ante la tragedia horrenda que asciende en oleadas sangrientas, un nuevo crimen se prepara en Milán, a raíz de la explosión ocurrida en esa ciudad el 12 de Abril último.

Ocho hombres, contra los cuales no ha podido ser establecida ninguna prueba están amenazados de muerte. A pesar del secreto del sumario alguna luz se ha hecho al respecto, y ella ha permitido iluminar en sus contornos pavorosos la terrible infamia que se pretende consumar. Es tan rotunda la inexistencia de pruebas, tan fehaciente la inculpabilidad de los procesados, que hasta un diaria fascista se hizo eco de ello en los primeros días, aseverando, con hechos incontrastables, la inocencia de alguno de los detenidos. Pero la censura le impuso su mordaza, y el silencio acerca del proceso vuelve a reinar absoluto en Italia. Sólo en el extranjero se levanta la voz de los subversivos clamando desesperadamente por una grande, intensa, valedera conmoción de la conciencia solidaria mundial, que se exprese en fuertes actos colectivos capaces de torcer el criminal designio.

Pero la amenaza continúa pendiente.

Sobre esos ocho candidatos a la muerte.

Sobre el entero pueblo italiano.

LA PAGINA DE TOLSTOY *EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO*

El Orden por la Libertad

El ejemplo de Yasnaia-Poliana

Describiendo la escuela de Yasnaia-Poliana, no pretendo darla como un modelo útil y bueno de imitar; no quiero más que mostrarla tal cual es. Creo que tales descripciones pueden tener sus ventajas. Si yo lograse en las siguientes páginas volver a trazar con lisura la historia del desenvolvimiento de la escuela, aparecería claramente al lector cómo se ha formado el espíritu actual, por qué le encuentro yo bueno, por qué me sería absolutamente imposible cambiarle, aunque quisiera.

La escuela se ha desarrollado libremente por la sola virtud de los principios establecidos por el maestro y por los alumnos. No obstante toda la autoridad del maestro, el alumno tenía siempre el derecho de no frecuentar la escuela, y aun frecuentando la escuela, el de no escuchar al maestro. Este tenía el derecho de no conservar al alumno en su escuela y de poder obrar con toda la fuerza de su influencia sobre la mayoría de los niños, sobre la sociedad que entre ellos forman siempre. A medida que adelantan los niños en el estudio, más se extiende la enseñanza y más se impone la necesidad del orden. Por tanto, en una escuela que se desenvuelve normalmente y sin violencia, cuanto más instruídos son los discípulos más capaces del orden resultan, más sienten ellos mismos la necesidad de él y más fácilmente, bajo este punto de vista, se establece la autoridad del maestro.

En la escuela de Yasnaia-Poliana, desde su fundación se ha visto constantemente confirmada esta regla. Al principio imposible distribuir las clases, ni las materias, ni los recreos, ni los deberes: se confundía todo, todos los ensayos de distribución resultaban vanos. Hoy, en la primera clase, hay alumnos que piden seguir empleando el tiempo, que se aburren cuando se les saca de su lección y que echan fuera a los pequeños que se atreva a estar entre ellos.

A mi juicio, este desorden exterior, aunque parezca al maestro tan extraño, tan incómodo, es útil, indispensable. Ocasiones tendré de volver a ocuparme con bastante frecuencia de las ventajas de esta organización; en cuanto a sus inconvenientes, he aquí lo que tengo que decir:

En primer lugar el desorden u orden libre parécenos tan espantoso porque estamos acostumbrados a otro sistema según el cual hemos sido instruídos.

En segundo lugar, sobre este punto, como sobre otros muchos, el empleo de la violencia está fundado en una irreflexible e irrespetuosa interpretación de la naturaleza humana. Parece que el desorden aumenta, crece por momentos, no conoce límites, parece que nada puede detenerlo sino la represión violenta, cuando basta esperar un poco para ver el desorden (o el fuego) extinguido por sí mismo, produciendo un orden más perfecto y estable que aquel por el cual lo sustituiríamos.

Los escolares son hombres, seres sometidos, por muy pequeños que sean, a iguales necesidades que nosotros; como nosotros, seres pensantes, todos quieren aprender, y para esto van a la escuela, y por esto llegan sin esfuerzo a esta conclusión: que para aprender les es necesario someterse a ciertas condiciones. No sólo son hombres, sino que constituyen una sociedad de seres reunidos en un pensamiento común. "Y en todo lugar donde se reunan tres con Mi nombre, Yo estoy en medio de ellos". Cediendo a las solas leyes naturales, a las leyes derivadas de la Naturaleza, ni murmuran ni se oponen; cediendo a vuestra autoridad intempestiva, no admiten la legitimidad de vuestras campanas, de vuestro uso del tiempo, de vuestras reglas.

¡Cuántas veces he tenido ocasión de asistir a las batallas de los niños! El maestro se lanza entre ellos para separarlos, y los dos enemigos se miran de reojo; incapaces de contenerse aun en presencia de un maestro temible, acaban por caer uno sobre otro con más ardimiento aún que antes. ¡Cuántas veces en el mismo día he visto un Kiruchka, apretados los dientes, caer sobre Taraska, cogerle por los cabellos de las sienes, derribarle al suelo! Parece querer desfigurar a su enemigo, dejarle muerto. Pero aun no ha pasado un minuto, y ya Taraska ríe bajo Kiruchka y éste hace otro tanto; antes de cinco minutos, vedlos tan buenos amigos; sentados uno al lado del otro.

Hace poco tiempo, después de la clase, dos muchachos fueron a las manos en un rincón: uno, un notable matemático de cerca de nueve años, alumno de segunda clase; el otro, un pequeño, con ojos negros, rapado, inteligente, pero vengativo, nombrado Kisska. Este echó mano a los largos bucles de cabellos del matemático y le apretó la cabeza contra el muro, en tanto que el matemático se esforzaba vanamente para poder coger las rapadas cerdas de Kisska. Los ojos de éste brillaban triunfalmente, mientras al matemático le costaba trabaja contener sus lágrimas.

—¡Bien! ¡bien! ¿Qué? ¿qué? — decía Kisska.

Mas se veía claramente que éste hacía daño, y que sólo quería pasar por valiente. Esto continuó por bastante tiempo, y yo estaba indeciso sobre qué partido tomar.

—¡Se pelean! ¡se pelean!... — gritaban los niños.

Y se agruparon en el rincón. Los pequeños reían, pero los mayores, aunque no trataban de separar a los combatientes, mirábanlos con aire serio. Las miradas, el silencio, no fueron perdidos para Kisska. Comprendió que lo que hacía no estaba bien; púsose a sonreir, y poco a poco fué soltando los cabellos del matemático. Este último se desembarazó de aquél, acosó a Kisska, a quien apretó por la nuca contra el muro, y después, satisfecho, se alejó. El pequeño se echó a llorar, y lanzándose en persecución de su enemigo, le pegó con todas sus fuerzas sobre el abrigo de pieles, pero sin hacerle daño. El matemático iba a devolverle el golpe, pero en el mismo instante resonaron gritos de desaprobación.

—¡Ved, se atreve con un pequeño! — exclamaron los circunstantes —. ¡Salvate, Kisska!

El asunto acabó ahí, sin dejar rastro, salvo, creo yo, lo mismo en uno que en otro, la conciencia confusa que el pegarse es desagradable, porque esto hace daño a entrambos. Se puede notar que aquel sentimiento de justicia ha sido provocado por la multitud; pero ¡cuántos asuntos análogos se terminan, no se puede comprender en virtud de qué leyes, de manera que satisfaga a las dos partes! ¡Cuán arbitrarios e injustos son, comparativamente, todos los medios empleados en semejante caso!

—Los dos sois culpables; ¡de rodillas !— dice el instructor.

Y no tiene razón, porque no hay allí más que un solo culpable, un culpable que triunfa poniéndose de rodillas y rumiando su maldad; el inocente está doblemente castigado.

O bien se dice:

—Tú eres culpable de haber hecho esto y aquello y serás castigado — dirá el instructor.

Y el niño castigado odiará más a su enemigo al sentir a su lado un poder despótico, cuya legitimidad no reconoce.

Puede decírsele esto otro:

—Perdónale; así lo quiere Dios, y sé mejor que él — expresará el instructor.

Le decís: "Sé mejor que él", pero lo que él quiere es ser más fuerte; "mejor..." no lo comprende, ni lo puede comprender.

Podréis decir:

—Ambos sois culpables; pedios perdón el uno al otro y abrazaos, hijos míos.

He aquí lo peor de todo, porque ese abrazo no será sincero, y porque el sentimiento malo, acallado un instante, se arriesgará a resucitar.

Dejadles, pues, solos, si no sois el padre o la madre que, todo piedad para sus hijos, siempre tienen razón para tirar de los cabellos al que les pega; dejadles, y ved cómo todo se arregla, todo se apacigua sencilla, naturalmente.

(Capítulo del libro "La Escuela de Jasnaia Poliana).

La Esclavitud Militar

La servidumbre de los hombres por el despotismo inmediato y por la amenaza de la espada, nunca ha cesado ni nunca cesará de existir hasta que toda especie de opresión del hombre por el hombre haya concluído, pues sobre la primera forma de servidumbre se apoyan todas las demás.

Muy ingenua y muy profundamente estamos convencidos de que la servidumbre personal ha desaparecido de nuestro mundo civilizado, y de que la esclavitud sólo existe entre los bárbaros. Lo que hay, es que olvidamos que la espada de antes se ha multiplicado al infinito bajo la forma de ejércitos innumerables cuya disolución sería la señal del desplome del orden social actual.

Y esos millones de soldados, ¿qué son sino los esclavos personales de quienes los mandan?

¿No están forzados a ejecutar todas las órdenes y todos los caprichos de sus jefes, so pena de crueles castigos, la muerte entre ellos?

Toda la diferencia consiste en que la servidumbre de estos esclavos no se llama esclavitud y en que la esclavitud moderna no dura más que un tiempo más o menos largo: el del servicio militar.

No sólo la servidumbre personal no ha desaparecido de nuestras sociedades civilizadas, sino que ha tomado mayor extensión con el establecimiento del servicio militar obligatorio.

Tal cual ha existido siempre, permanece hoy día, salvo una ligera transformación.

Y el servicio militar no puede dejar de existir, porque mientras haya una clase de opresión, no importa cual, del hombre por el hombre, ya consista en la expoliación por los terratenientes o en impuestos que hay que pagar en dinero, el servicio militar será la base de esta opresión.

Si ha de creerse a los convencidos que lo afirman, esta forma de esclavitud, me refiero a la del poder militar, es muy necesaria para la defensa y para la gloria de la patria. Pero esta utilidad del ejército es demasiado dudosa, atendido a que tan a menudo vemos este mismo ejército que después de una guerra desgraciada sirve para oprimir y deshonrar al país, ya sofocando huelgas, ya obligando al pago de los crecidos impuestos.

León Tolstoy.

RESURRECCION

El hombre es como un corcho en una corriente de agua. Se deja arrastrar, sin ver las cosas, sin darles importancia y sin tener pensamiento ninguno, a una vida torpe, estúpida, grosera. Es, como todos, un agotador de placeres, y, como todos, es también un perfecto cero. Podía no tener resurrección más; ser un cero, una cifra negativa hasta la muerte! Pero, en los grandes espíritus sobreviene la melancolía, y en una mirada que echan al cero de sus vidas — o peor que cero, como cuando Necklindoff se encuentra en presencia del mal que hizo a Máslova, — o concluyen por matarse, disgutados de todo y de sí mismos, o por renacer a un gran ideal o un gran amor, de trabajo, de reparación y de justicia. Esto es una conversión y esto es una resurrección.

Necklindoff se convierte así. Tolstoy se convierte así. Este es el libro "Resurrección". Y en la resurrección de Máslova, hasta llegar a hacerla lo que antes era, está uno de los más queridos ideales de todos los que leen el libro, y comprenden que una resurrección habría que hacerla también en la humanidad, que es otra Máslova aplastada, embrutecida y desgraciada.

T. ANTILLI.



TOLSTOY

El mundo es un vasto circo en que luchan ideas e instintos, se revuelcan o suben trenzados rencores y esperanzas. Somos peñascos o hachas, garras o gritos. Y de pronto aparece él y sentimos que somos otra cosa; que somos almas. Su presencia enmudece las lenguas y desarma las manos que, libres y afectuosas, se buscan para anunciarlo. ¡El Viejo, el Viejo!

Un segundo antes, el artista creíase un dios, el obrero rebelde un satán, el filósofo un faro, el criminal un abismo, y nosotros, anarquistas, todo eso, y más todavía. Vanos, fatales o tristes, cada uno creía cumplir un solemne o tremendo destino. Pero, llega él y nos olvidamos, siquiera sea un instante, de nuestra obra y de nosotros. Comprendemos que todo eso era un juego; que somos niños, y que el mundo es el patio de una escuela. ¡El Viejo, el Viejo!

Tolstoy fué el Viejo, lo mismo para France, aquel de las tres culturas, que para el mujik inocente y simple; igual para Malatesta, el corajudo, que para el aterrorizado Zar de Rusia. Para todos, el Viejo. El Viejo para el Sínodo, que le excomulga y el Viejo para Gorky que, desde Yasnaya Poliana, hace señas llamando a las gentes: "¡Venid a ver que ser más maravilloso existe en la tierra: el Viejo Tolstoy!"

Quién era, pues, este Viejo, ante quien se inclinaban el silencio y el grito; a cuyo solo recuerdo florecía de gracia el malvado, y se hundía, bajo el peso de sus culpas, el santo?... Un genio o un dios?... Un hombre; un desventurado hombre que sabía el secreto de todos y que, al presentarse, nos lo recordaba. Y por eso era inútil que nos llamara hermanos; quien sabe tanto de nosotros no puede ser más que el Viejo, el Viejo!

Estuvo solo en la tierra; era también más grande que el tolstoyismo .Era Tolstoi. Esa fué su tragedia, y murió de eso: de soledad humana.

Cuando niño, enterró en Yasnaia Poliana, una varita en la que había grabado la palabra que hará la felicidad de todos. En ese mismo sitio él está enterrado ahora. Dejadnos creer que no ha muerto, que ha ido a buscarla, y que no nos moriremos nosotros antes que él vuelva y nos diga cómo ser felices. Que en nuestras vidas de troncos o hachas, suspire siempre un corazón infantil. ¡El Viejo, el Viejo!

R. GONZALEZ PACHECO.

FRAGMENTO DE UNA
Conferencia de Kropotkine

El talentoso crítico ruso Mijailovsky pubblicó en el año 1875 una serie de notables artículos intitulados "La diestra y la siniestra del conde Tolstoi", en los cuales demostró que dos naturalezas se hallaban en continuo conflicto en el gran escritor. En esos artículos, el joven crítico, gran admirador de Tolstoi analizó las ideas avanzadas que éste desarrollara en sus escritos pedagógicos, que en aquel tiempo eran casi desconocidas, confrontándolas con las ideas rígidamente conservadoras de sus obras posteriores. Como consecuencia de todo eso, Mijailovsky presagiaba una crisis a la que el gran escritor se acercaba inevitablemente.

"Yo no voy a hablar — escribía Mijailovsky — de *Ana Karénina*, en primer término porque la obra todavía no está terminada, y además porque de ella debe hablarse mucho o no decirse nada. Sólo observaré que en esta novela — más superficialmente y por esta misma razón con mayor claridad que en sus demás obras — se ven las huellas del drama que se desenvuelve en el alma del autor. Es de preguntar: ¿qué debe hacer semejante hombre, cómo puede vivir, cómo puede evitar ese veneno de su conciencia que se introduce a cada paso en el placer de un deseo satisfecho? Sin duda debe, aun cuando fuera instintivamente, buscar algún medio para poner fin al drama íntimo de su alma, dejar caer el telón; ¿pero cómo hacerlo? Yo pienso que si un individuo vulgar se encontrara en tal situación terminaría por suicidarse o se entregaría a la bebida. Un hombre de valor buscará otras soluciones, que existen en abundancia". ("Otiecchestvenia Zapiski", junio de 1875; también: Mijailovski, *Obras*, volumen III, página 491).

Una de esas soluciones sería, según Mijailóvsky, la de escribir para el pueblo. Naturalmente, pocos hombres son tan felices de poseer el talento y la facultad indispensables para ello:

"Mas si él (Tolstoi) está persuadido de que la nación se compone de dos partes y que hasta los placeres *inocentes* de una de ellas causan la desventura de la otra, ¿qué le impide consagrar sus formidables fuerzas al servicio de esta grandiosa idea? Es difícil que otros temas puedan interesar a un escritor que experimenta en su alma un drama tan terrible como el que agita el alma de Tolstoi. Es tan profunda y seria, llega tan a fondo hasta la raíz de toda actividad literaria, que al parecer debería aniquilar todos los demás intereses, del mismo modo como la planta parásita ahoga a las demás plantas. Y ¿no es un objetivo suficientemente elevado en la vida el recordar a la *sociedad* que sus placeres y diversiones no son los placeres y las diversiones de toda la humanidad; el explicar a la *sociedad* el verdadero sentido de los "fenómenos del progreso"; el despertar, por lo menos en algunos, en las naturalezas más sensibles, la conciencia y el sentimiento de la justicia? ¿No es este campo bastante grande para la creación poética?

"El drama que se desarrolla en el alma del conde Tolstoi es una hipótesis mía, pero es una hipótesis legítima sin la cual no es posible comprender sus escritos." (Obras, vol. III, página 496).

Ahora se sabe ya que la hipótesis de Mijailovski fué una verdadera profecía. En los años 1875-76, mientras terminaba *Ana Karénina*, Tolstoi comenzó a comprender plenamente la superficialidad y el dualismo de la vida que había llevado hasta entonces. "Cosas extrañas — dice — empezaron a verificarse en mí: experimentaba momentos de aturdimiento en que mi vida se detenía, como si yo no supiera cómo vivir, qué hacer... "¿Para qué?..." "¿Y luego?", eran las preguntas que me planteaba". "Y bien,— decíase a sí mismo — tú poseerás quince mil acres de tierra en Samara y tres mil caballos, pero ¿de qué sirve eso? Y me sentí consternado y no sabía que hacer". La fama literaria había perdido para él todos sus atractivos después de haber alcanzado la máxima altura a que lo había llevado su *Guerra y Paz*. El pequeño cuadro de la paz filistea del hogar que había descrito, antes de contraer enlace, en su relato *La felicidad familiar*, habíala sentido él mismo y ya no lo satisfacía. La vida de epicureismo que llevaba hasta entonces perdió para él todo encanto.

"Yo sentía — escribe en sus *Confesiones* — que todo lo que me servía de sostén se derrumbaba; que ya no tenía en qué apoyarme; que aquello con lo cual yo vivía ya no existía y que no me quedaba nada digno de ser vivido. Mi vida había llegado a un punto muerto." Los llamados *deberes de familia* perdieron para él todo interés. Pensando en la educación de sus hijos, preguntábase: *¿Para qué?* y posiblemente haya sentido que en el ambiente de gran propietario no podría jamás darles una educación como la que él mismo recibiera y condenara; y cuando se puso a pensar en el bienestar de las masas, preguntábase de pronto: "¿Qué interés tengo en pensar en esto?"

Sentía que su vida estaba desprovista de objeto. Ni siquiera tenía deseos que pudiese considerar como razonables: "Si un hada viniera y me ofreciese satisfacer mis deseos, yo no sabría qué pedirle... Ni siquiera podría solicitar conocer la verdad, porque yo ya había descubierto su esencia: la verdad de que la vida es un absurdo." No tenía objetivo alguno su vida, que, con sus dolores inevitables, no merece ser vivida. (*Confesiones*).

Pero Tolstoi era un hombre demasiado fuerte para terminar su vida con un suicidio. Encontró una salida, y esta salida halló su expresión en el retorno al amor de su juventud: *el amor a los campesinos*. "¿Era la consecuencia de un extraño amor físico por la clase trabajadora — escribe — o bien se debía a alguna otra causa?" Empero, finalmente comprendió que el verdadero sentido de la vida hay que buscarlo entre los millones de obreros que pasan su vida trabajando. Comenzó a estudiar con mayor atención que antes la vida de esos millones de hombres. "Y empecé — dice — a amar a esos hombres." Y cuánto más penetraba en su vida, en su pasado y en su presente tanto más los amaba, "tanto más fácil me resultaba vivir". En cuanto a la vida de la gente de su propio medio, la de los ricos y los instruídos, "no sólo sentía disgusto por ella, sino que perdió para mí todo sentido." Comprendió que, si no había descubierto un objetivo en la vida, ello se debía a que su propia vida "y las condiciones exclusivas de epicureísmo" ocultaban la verdad a sus ojos.

"Comprendí — continúa — que mi pregunta *¿Qué es la vida?* y mi respuesta: *El mal*, eran exactas. Sólo me había equivocado al aplicarlas a la vida en general. Yo me preguntaba: *¿Qué es la vida?* y me contestaba: *El mal y lo absurdo*, y así era efectivamente. Mi propia vida — una vida de indulgencia y de pasiones — carecía de sentido y estaba llena de mal, pero eso era cierto tan sólo en lo que atañe a mi vida, pero no a la de los demás hombres. Comenzando con los pajaritos y los animales inferiores, todos trabajan para conservar su existencia y para asegurarla también para otros y no sólo para sí mismos; yo, empero, no he asegurado la vida para nadie: ni siquiera había asegurado la mía. Yo vivía como un parásito, y al plantearme la pregunta: "¿Para qué vivo?", me contestaba: "Para nada".

De este modo la convicción de que debía vivir como los millones de hombers que se ganan por sí mismos lo indispensable; que debía trabajar como trabajan esos millones de hombres y que una vida semejante era la única respuesta a la cuestión que lo había llevado hasta la desesperación — el único camino para eludir las terribles contradicciones que habían inducido a Schopenhauer a predicar el aniquilamiento de sí mismo, y a Salomón, Sakia-Muni y otros, a predicar el pesimismo desesperado — esta convicción salvó a Tolstoi devolviéndole su perdida energía y la voluntad de vivir. Pero la misma idea inspiraba a millares de jóvenes rusos, precisamente en aquel tiempo, suscitando el grandioso movimiento de "Al pueblo", al pueblo, a confundirse con el pueblo.

Si Tolstoi hubiese tenido entonces veinte años se hubiera adherido probablemente, en una u otra forma, al movimiento, a pesar de todos los obstáculos. Pero a su edad, en su ambiente, y sobre todo preocupado como estaba por el problema de "¿dónde encontrar la palanca capaz de mover el corazón de los hombres y convertirse en fuente de una profunda reforma moral de cada individuo?", Tolstoi tuvo que librar una larga y tenaz lucha consigo mismo antes de dar conscientemente ese paso. Para nuestra juventud, todo aquel que haya recibido una educación gracias a la labor de la masa trabajadora, podía cubrir su deuda para con ésta trabajando por el pueblo; esta condición era suficiente para nuestros jóvenes. Ellos, varones y mujeres, habían abandonado sus hogares confortables y llevaban la vida más sencilla, que en nada se distinguía de la vida de los obreros, consagrando su existencia al pueblo. Pero debido a muchas causas, como, por ejemplo, la educación, las costumbres, el ambiente, la edad, y, tal vez, en razón del problema filosófico general que preocupaba a su mente, Tolstoi tuvo que pasar por una lucha dolorosa antes de arribar a la misma conclusión, aunque por un camino distinto; es decir, antes de resolverse que él, como partícula consciente de la divinidad inconsciente, debía cumplir la voluntad de esa divinidad, consistente en que cada cual debe trabajar por la felicidad universal.

Pero tan pronto como Tolstoi llegó a esta conclusión, amoldó a ella su vida. Las dificultades con que tropezara en su camino antes de poder obedecer el mandato de su propia conciencia, deben de haber sido inmensas: apenas si podemos sospecharlas.

Es fácil imaginarse los sofismas contra los que tuvo que luchar, especialmente cuando todos los admiradores de su estupendo talento empezaron a protestar contra su condenación de sus obras anteriores. Sólo cabe admirar la fuerza de sus convicciones cuando pudo cambiar tan fundamentalmente la vida que llevara hasta entonces.

Los resultados de ese ejemplo que Tolstoi ha dado a la humanidad son bien conocidos. Pero creyó también necesario ofrecer las razones filosóficas y religiosas de su conducta, y así lo hizo en una serie de notables obras.

Guiado por la idea de que millones de hombres, simples trabajadores, conciben el sentido de la vida y la consideran como el cumplimiento de "la voluntad del Creador", abrazó esta fe sencilla de la masa campesina rusa, aun cuando su mente resistíase a reconocerla.

Si Tolstoi acepta el cristianismo como fundamento de su vida, no es porque lo considera una revelación divina, sino porque esa doctrina, purificada de todos los agregados que le añadieron las Iglesias, contiene "la misma solución del problema de la vida que con más o menos claridad fué predicada por los hombres mejores, tanto antes como después de habérsenos conferido el Evangelio, desde Moisés, Isaías, Confucio, los antiguos griegos, Buda y Sócrates hasta Pascal, Spinoza, Fichte, Feurbach y todos los demás hombres, conocidos o ignorados, que, sin admitir una doctrina a base de fe, nos han enseñado y nos han hablado con sinceridad del significado de la vida." Esa doctrina "ofrece una explicación del significado de la vida" y "una solución a la contradicción entre el anhelo del bienestar y la vida y la conciencia de su inalcanzabilidad; "entre el deseo de la felicidad y de la vida por una parte, y la percepción más clara de la certeza de la infelicidad y la muerte, por la otra."

Al hablar de Dios adopta a menudo el punto de vista panteista y describe a Dios como la vida o como el amor o bien como el ideal que el hombre siente en sí mismo. (*Pensamientos sobre Dios*); pero en su última obra (*La doctrina cristiana*), prefiere identificar a Dios con "el deseo universal de la felicidad, que es la fuente de la vida". De esta manera resulta que, conforme a la doctrina cristiana, Dios es aquella Esencia de la vida que el hombre reconoce en sí mismo, así como en todo el universo, como deseo de la felicidad; y esta esencia es al mismo tiempo la causa por la cual él queda encerrado en las condiciones de la vida individual y moral".

El punto central de la doctrina cristiana lo ve Tolstoi en la no-resistencia. Durante los primeros años que siguieron a su crisis predicó la absoluta "no resistencia al mal", en plena conformidad con el sentido literal y definido de las palabras evangélicas, que, tomadas en conexión con la sentencia sobre la mejilla diestra y siniestra, implican una humildad y una resignación completas. Sin embargo, Tolstoi hubo de comprender bien pronto que una tal doctrina no concordaba con su recordada concepción de Dios, sino que implicaba un estímulo al mal. Ella contiene la misma tolerancia para el mal que siempre predicaron las religiones oficiales en interés de las clases dominantes, y Tolstoi hubo de comprenderlo pronto. En una de sus últimas obras refiere cómo encontró en una estación de ferrocarril al gobernador de Tula, que iba a la cabeza de un contingente de soldados armados de fusiles y provistos de un vagón de azotes. Iban a castigar a los campesinos de una aldea, a fin de imponerles una ordenanza que envolvía sencillamente un despojo que la Administración quería realizar en favor del propietario y violentando abiertamente la ley. Con su bien conocida fuerza descriptiva pinta Tolstoi cómo cierta "señora liberal" condenó en voz alta y en forma severa al gobernador y a sus oficiales, y cómo estos últimos se burlaron de su actitud. Describe luego lo que ocurre generalmente en esta clase de expediciones: cómo los campesinos, con verdadera resignación cristiana, se persignan con manos temblorosas y se extienden en el suelo para ser martirizados y azotados hasta el punto de que el corazón de la víctima cesa de latir, sin que los oficiales se conmuevan ante esta humildad cristiana. Lo que Tolstoi ha hecho cuando se encontró con la "expedición" es cosa que ignoramos: no nos lo dice. Probablemente haya reprendido al gobernador y a los oficiales y haya aconsejado a los soldados a no obedecer, es decir, a rebelarse. De cualquier modo, debe haber sentido que una actitud pasiva frente a ese mal — la no resistencia a él — significaría una tácita aprobación del mismo. Más aún, una actitud pasiva de resignación en presencia de ese mal era tan contraria a la manera de ser de Tolstoi, que éste no podía seguir siendo por mucho tiempo un partidario de tal doctrina, y bien pronto modificó su interpretación del texto evangélico en el sentido de "no resistas al mal con la violencia". Todos sus escritos ulteriores son, por consiguiente, una apasionada resistencia contra las diversas formas del mal con que topara en el mundo. Su potente voz resonó sin tregua tanto contra el mal como contra aquellos que lo cometían; era contrario al empleo de la fuerza física en la resistencia al mal, porque creía que eso causaba un nuevo mal.

Los otros cuatro puntos de la doctrina cristiana — siempre según la interpretación de Tolstoi — son: no seas iracundo, o, por lo menos, evita la ira en lo que fuera posible; sé fiel a la mujer con quien te has unido y elude todo lo que puede excitar la pasión; no jures, lo que según Tolstoi significa: no ates tus manos por un juramento; el juramento es un medio de que se sirven los gobiernos para obligar a los hombres, bajo su conciencia, a someterse a sus órdenes; y finalmente, ama a tus enemigos, o, como lo ha dicho Tolstoi en muchos de sus trabajos: no juzgues nunca por tí mismo ni persigas a nadie ante los tribunales.

A estas cuatro normas de conducta les da Tolstoi una interpretación amplísima y deduce de ellas todas las doctrinas del comunismo libre. Con abundancia de argumentos prueba que vivir del trabajo de los demás, sin ganarse uno su propia subsistencia, significa violar la ley más importante de la naturaleza; esta violación es la causa principal de todos los males sociales, así como de todas las desventuras e incomodidades personales. Muestra cómo la presente organización capitalista del trabajo no es mejor que la antigua esclavitud y la servidumbre.

Con la misma decidida protesta con que Tolstoi sale contra la Iglesia, se levanta también contra el Estado. Aconseja a la gente a no tener relación alguna con el Estado. Este es el único medio real para poner fin a la esclavitud de hoy en día que la institución del Estado impone al hombre. Y, finalmente, demuestra con una cantidad de ilustraciones, en las cuales halla su expresión plena toda su fuerza artística, que la persecución de la riqueza por parte de las clases adineradas — persecución que no tiene ni puede tener límite — es la que mantiene esa esclavitud, esas condiciones anormales de la vida y todos los prejuicios y doctrinas que la Iglesia y el Estado difunden en beneficio de las clases dominantes.

Cuanto más estudiaba Tolstoi las doctrinas de los diversos fundadores de religiones y de los filósofos de la moral, tanto más trataba de determinar y establecer los *elementos de una religión universal* que pudiese unir a todos los hombres, una religión libre de elementos sobrenaturales, que no contuviese nada que el saber y la razón rechazasen, sino que fuese una guía moral para todos los hombres, cualquiera que fuera el grado de su desarrollo intelectual.

Sólo el tiempo decidirá si su intento de dar a conocer a los hombres las bases de una religión universal que, conforme él lo creía, fuera aceptada por la razón y por la ciencia y se convirtiera en guía de la vida moral del hombre, facilitando al mismo tiempo la solución del gran problema social y de todas las cuestiones relacionadas con él, sólo el tiempo dirá si tendrá éxito. Pero es absolutamente cierto que ningún hombre, desde Rousseau, ha conmovido tan hondamente la conciencia humana como lo hiciera Tolstoi con sus escritos morales. Sin temor alguno ha descubierto los aspectos morales de todas las ardientes cuestiones del día, y lo hizo en forma tan impresionante que todo aquel que haya leído sus trabajos no podrá ya olvidar o poner a un lado esos problemas; todos sienten que, de una u otra manera, es menester hallar alguna solución. Por eso la influencia de Tolstoi no puede medirse por años o por decenios: ella perdurará por mucho tiempo. Tampoco es posible limitar su influencia a un solo país. Sus obras son leídas en millones de ejemplares, en todas las lenguas, apelan a la conciencia de hombres y mujeres de todas las clases y de todas las naciones y producen en todas partes idénticos resultados. En los últimos años de vida era Tolstoi el hombre más amado, más conmovedoramente amado, en todo el mundo.

La mayoría de los lectores ha de recordar la sensación producida en el mundo civilizado, en noviembre 1910, cuando se llegó a saber que Tolstoi había abandonado secretamente su casa tomando un destino desconocido. Durante uno o dos días se ignoraba el paradero del gran escritor, porque su hija Alejandra y su médico Makovitzki eran las únicas personas que conocían el secreto de su partida. Suponíase que se había unido a una pequeña colonia comunista del Cáucaso, donde algunas personas cultas se habían establecido para labrar la tierra, cuando vino la noticia de que Tolstoi había caído enfermo en su viaje y se hallaba en cama, con una grave pulmonía, en la casita del jefe de la estación Astápova, pequeña localidad de la Rusia central. Allí se congregaron sus pocos amigos íntimos, quienes cuidaron de que en sus últimos momentos no fuese entregado en manos de la Iglesia greco-ortodoxa, que lo había excomulgado en razón de sus conceptos sobre la cristiandad. La enfermedad se desarrolló con rapidez y pocos días después Tolstoi expiró tranquilamente. Sus funerales fueron un acontecimiento nacional. Millares de personas, de las clases cultas, campesinos, estudiantes y obreros, acudieron de todas partes a la estación ferroviaria más próxima a Iásnaia Poliana para conducir en hombros los restos del "gran escritor de Rusia" al lugar donde quiso que fueran sepultados. Este sitio es un bosquecillo de su propiedad, donde él y su hermano habían enterrado, en su infancia, una varita mágica sobre la que estaban escritas unas fórmulas para hacer felices a todos los hombres.

UN CUENTO DE TOLSTOY

MELANIA Y AKULINA

Aquel año cayó temprano la Semana Santa. Los viajes en trineo apenas acababan de terminar; la nieve cubría aún los patios y los arroyos formados por el deshielo corrían por la campiña.

En una callejuela, entre dos corrales se había formado una charca, y dos muchachas de dos casas distintas se encontraron junto a la orilla. Una de ellas era pequeña, la otra de más edad. Vestían el traje de los días de fiesta, azul la más chica y amarillo con dibujos la mayor. Ambas llevaban su pañuelo anudado sobre la cabeza.

Al salir de misa habían corrido a la charca, se enseñaron recíprocamente sus vestidos y se pusieron a jugar. Querían divertirse en hacer chapotear el agua.

Como la más joven pretendiera entrar en el charco con sus botinas nuevas, la mayor le dijo:

—No hagas eso, Melania, porque tu madre te va a reñir. Voy a quitarme las botas y tú debes hacer lo mismo.

Las niñas se descalzaron y entrándose por en medio del charco fueron al encuentro una de otra. A Melania llególe el agua hasta los tobillos.

—Esto — dijo asustada — está muy hondo, Akulina; tengo miedo.

—No tengas cuidado — repuso la otra. — No creas que la charca será más profunda en ninguna otra parte. Ven derecha adonde estoy.

En el momento en que se aproximaba dijo Akulina:

—Cuidado, Melania, con salpicarme. Ve más despacio.

Mas apenas hubo hablado, cuando Melania dió un mal paso y salpicó la falda de Akulina.

Y no sólo fué la falda sino que la salpicadura llegó hasta la nariz y los ojos de la muchacha.

Al ver su ropa nueva manchada se enfadó contra su amiga, increpándola a voces y corrió adonde estaba aquélla, con ánimo de pegarle.

Melania tuvo miedo; vió que había obrado mal, y salió rápidamente de la charca, corriendo hacia su casa.

En este momento pasaba la madre de Akulina, la cual al ver manchados el jubón y la falda de su hija, gritó:

—¿Dónde te has ensuciado el traje, mala pécora?

—Melania me lo ha salpicado de propósito.

La madre de Akulina alcanzó a Melania y la castigó dándole dos torniscones. La muchacha entonces alborotó con sus gritos toda la calle, lo que, oído por su madre, la hizo acudir precipitadamente.

—¿Por qué pegas a mi hija? — preguntó al mismo tiempo que increpaba a su vecina.

La querella se envenenaba. Las mujeres iban a agarrarse por los cabellos. Los mujiks salieron de sus casas y la gente se aglomeró en la calle. Todo el mundo gritaba a la vez y nadie escuchaba a su vecino. Se injuriaban, era inminente una batalla, cuando una vieja, la abuela de Akulina, se lanzó entre los **mujiks** para hacerles entrar en razón.

—¿Qué estáis haciendo? — preguntó. — ¡Y en un día tan señalado! ¡Pecar de ese modo cuando deberíais estar llenos de contento!

De poco o nada sirvieron sus razones, y a poco no la derriban. La anciana no hubiera podido apaciguarles sin Akulina y Melania.

Mientras las mujeres se insultaban, Akulina había limpiado su falda, volvió corriendo a la charca, cogió una piedrecita y con ella agujereó la tierra para que el agua se escapase por la calle.

Cuando estaba en esta operación, se le acercó Melania y armada de un palo la ayudó a terminar su obra.

Ya los mujiks comenzaban a golpearse cuando el agua escapándose por la abertura practicada, llegó al sitio en que la anciana trataba de separar a los irritados campesinos. Las muchachas saltaban por ambos lados del arroyuelo.

—¡El agua corre más que nosotras, alcánzala, Melania — gritaba Akulina.

Melania quiso también decir algo; pero el exceso de alegría le cortó la palabra.

Las dos niñas seguían corriendo y reían al ver sumergirse de vez en cuando en el arroyuelo el palo que les sirviera para romper el borde de la charca.

Así llegaron hasta en medio de los labradores. Entonces la anciana, al verlas, gritó:

—¡No teméis a Dios, mujiks! Precisamente a causa de estas muchachas habéis comenzado a pegaros y ellas lo han olvidado todo hace tiempo y siguen jugando tan amigas como antes. Esas niñas son más sensatas que vosotros.

Los mujiks miraron a las muchachas y se avergonzaron de su conducta. Burláronse de ellos mismos, y aprovechando aquella oportuna lección, cada cual se volvió a su casa.

"Si no sois como niños, no entrareis en el reino de los cielos".

PAZ INDUSTRIAL

A Propósito del Congreso de las Trades Unions en Swansea (Inglaterra)

Como una consecuencia inmediata de la última gran huelga minera en Inglaterra, que puso a dura prueba el espíritu solidario de los obreros del carbón y reveló en forma inesperada toda la fuerza del frente proletario ante la más terca de las resistencias capitalistas del Imperio Británico, surgió desde las filas del reformismo la idea de llegar en alguna forma a un acuerdo entre el capital y el trabajo. Esa sugestión fué naturalmente muy bien recibida por los capitalistas y terratenientes, que vieron llegada la hora feliz de la paz industrial.

Con la vehemente esperanza de elaborar las bases de semejante colaboración es qué se realizó una conferencia integrada por ambas partes interesadas para definir los puntos más importantes y someterlos luego al primer congreso anual de las Trades Unions. Este es objeto primordial de la reciente reunión en la ciudad británica de Swansea.

El Congreso debutó expulsando de su seno a la Unión Nacional de los Marinos, nada menos que por haber apoyado a los mineros en la última huelga que costó tantos dolores de cabeza a los acaparadores del carbón.

Antes que nada digamos que ni a los liberales, ni sin duda a los conservadores, les hace mucha gracia que precisamente en los momentos en que las Trade Unions están resueltas a entrar por el aro agraven la ya bastante anémica situación de sus fuerzas organizadas excluyendo a un sindicato tan importante como el de los obreros del mar. El colaboracionismo alcanzará seguramente en Swansea su mejor expresión pero para que esa ideología tuviera siquiera un principio de aplicación práctica — sea en Inglaterra, sea en cualquier parte donde tal ocurrencia quisiera ponerse en práctica — tendría que reagrupar a todos los trabajadores en una mastodóntica unión que se engullera a todas las otras; porque las normas fijas a que la "colaboración" tendrá que someterse serían ineficaces y sin mayor alcance con muchas uniones de carácter, sino opuesto, distinto. Y la traición de los Mac Donald, Henderson y compañía no ha hecho más que fortalecer la posición de la minoría que combate acerbamente el colaboracionismo representado por el Labour Party y el Independent Labour Party.

De modo, pues, que es otra vez la piedra de toque de la lucha de clases la que ha puesto de relieve nuevamente la complacencia de los socialistas para con la clase parasitaria en circunstancias difíciles para el orden capitalista, sea por la creciente agudización del gran problema de la cuestión social, sea por el creciente empuje de las justas reivindicaciones obreras.

Hoy mismo leemos en un diario socialista de la capital las siguientes características palabras que muy bien suscribirá un conservador inteligente: "Muchos creen que colaboración de clases implica supresión de la lucha de clases. Pero no hay tal cosa. La lucha, en el fondo, subsiste sin variante alguna. **Lo único que varía es la forma de desarrollarla**".

Como veis, la metafísica no ha muerto. En el parlamento los rojos más subidos empalidecen hasta el rosado más cándido, y las cabezas de los líderes sienten nostalgias de las canchas de fútbol donde dieran olímpicas patadas. Es la honrosa influencia enervadora del ambiente comodón de todas las bancas... El colaboracionismo, el patriotismo o nacionalismo, aquella cuestión jorobadora de las banderas (una azul y blanca sin manchas para franquear el Parlamento; roja — o rosada — la otra para embanderar el sindicato y poderse filtrar hasta los medios obreros) y otras cositas escabrosas han sido siempre el martirio de los doctores socialistas.

Hay burgueses que hasta rechazan el colaboracionismo porque consideran que es hacerle mucho lugar al obrero, y en cambio tenemos ya "socialistas" que declaran terminantemente que "el capital y el trabajo pueden ponerse de acuerdo para resolver pacíficamente sus disputas"... y al cabo de unos siglos de arbitrajes, de comisiones mixtas y de laboriosas negociaciones proseguidas en beneficio de un ejército de burócratas, el patrón quedará convencido y listo para aceptar su expropiación que ha de dar por tierra con el régimen del asalariado.

Los anarquistas saben perfectamente que la "paz industrial" es la paz de los burgueses y de todo ese elemento espureamente "socialista" que ronda los parlamentos y las altas posiciones en el cínico afán de acomodarse confortablemente en congresos y ministerios a costa de los obreros ingenuos que contribuyeron con su fé y sus entusiasmos a armar el "aparato" del partido, que luego manipulan doctores, abogados y burócratas en su propio beneficio.

"La paz es esencial para la prosperidad de la nación", exclaman los capitalistas, y los "socialistas" hacen coro a la patraña.

La paz es esencial para la prosperidad de los burgueses, decimos los anarquistas.

Y esto es lo que han llegado a comprender las minorías de oposición que en el actual. Congreso de Swansea forman el ala más revolucionaria de las organizaciones obreras de Inglaterra.

EL VIRTUALISMO DE LAS HUELGAS

Dos evidencias son las que determinan el carácter de las huelgas.

Los gobiernos, sea cualquiera la piel de cordero con que se encubran, obedeciendo al propósito primordial de su constitución que es el de asegurar la existencia del privilegio, están dispuestos siempre, con la violencia de sus fuerzas armadas, pretorianas del capital, a defender a éste, a todo trance, contra las acometidas reivindicadoras de los trabajadores organizados.

Todas las fuerzas del Estado están subordinadas a tal fin, sin que exista diferenciación alguna en la brutal acción desplegada, entre las diversas tendencias políticas que se disputan el predominio del poder. Tenga éste la empingorotada apariencia aristocrática de los monarquías, absolutas o con visos constitucionales; sea el engaño de la farsa democrática o represente el resultado del hábil escamoteo de la voluntad de ilusorias mayorías en el juego de truhanes que se llama elección, o asuma formas dictatoriales, burguesas o pretendidamente proletarias, siempre los gobiernos serán lo celosos guardianes que vigilan la integridad de los intereses capitalistas y los defienden a punta de bayoneta y a descargas de máuser en todos los conflictos obreros.

Es así que el pueblo debe enfrentarse en sus luchas, no sólo con la resistencia del capitalismo, sino también, y con mayores bríos, contra las instituciones estatales, regresivas siempre, aunque aparenten, como en Rosario, favorecer la causa obrera, lo que es mucho más peligroso que la descarada persecución, por las perniciosas derivaciones a que puede dar lugar.

En los conflictos obreros de todos los tiempos se ha evidenciado en forma innegable la complicidad del gobierno en la rapacidad de los capitalistas al disponer la policía y el ejército, aun para suplantar a los obreros, en salvaguardia de los "intereses creados".

No es otra la misión del Estado. Emanación misma de la burguesía, expresión clara y neta del sistema de explotación del hombre por el hombre, no puede desarrollar su acción en otra forma que la marcada por la represión y la violencia que ejercita, para domeñar los ímpetus del pueblo, levantado en iras contra la explotación burguesa.

La verdadera orientación que deben seguir las organizaciones obreras está, pues, en la acción revolucionaria. Ella es el eficiente virtualismo de las huelgas. Así lo han comprendido los gremios del país, influenciados por los anarquistas, como lo da a entender su accionar mismo, que asume delineados caracteres subversivos, y así lo irán comprendiendo todos los restantes gremios, a medida que abandonen los resabios de legalismo que aun trastornan y malogran las bellas exteriorizaciones de su levantisco descontento y que amenazan llevarlos al más ruidoso de los fracasos.

La organización misma de la sociedad actual hace imposible para los trabajadores la consecución de mejoras efectivas, salvo las de la disminución de la jornada y del mayor respeto. Envueltos en el engranaje del sistema burgués, todos sus esfuerzos serán inútiles manotadas en el aire, hasta que una orientación, una sana finalidad social los aparte, por entero, del equivocado método de lucha que algunos siguen.

La lucha obrera, tendiente sólo a la conquista de mejoras, carece de toda trascendencia en la marcha de los pueblos hacia su reivindicación total. Es completamente anodina, como lo comprueba la persistencia del misérrimo vivir proletario, a pesar de las mejoras conquistadas en repetidas huelgas.

Toda obtención de mejoras, va acompañada por un aumento, no ya correlativo sin exhorbitante en demasía, del precio de las subsistencias, por obra de la avaricia e insaciable ansia de lucro de los capitalistas, que reembolsan así, espléndidamente acrecentadas, las mayores erogaciones que les demanda el cumplimiento de las mejoras impuestas.

Pero no por eso hemos de propender menos al estallido de las luchas obreras por reivindicaciones inmediatas, pues además de sus resultados materiales, aunque escasos no despreciables, determinan en el proletariado la elevación de su nivel moral por el mayor espíritu solidario adquirido. Es gracias a este resultado que se ha podido realizar, aquí como en todo el mundo, grandes movimientos colectivos por causas altamente morales, cuya importancia ha sido en muchas ocasiones superior a la de las luchas meramente económicas. Y bien vale este resultado, realmente promisor, los afanes y esfuerzos consagrados a la acción obrera.

La coalición estatal y capitalista, la unión de sus fuerzas prepotentes en un solo bloque defensivo y la innocuidad misma de la lucha por la sola conquista de mejoras, son las dos evidencias que debe determinar a los gremios todos a dar a sus luchas reivindicadoras el necesario virtualismo que deben tener, esto es, la acción revolucionaria frente al despotismo capitalista y la autoridad del Estado, ya que surge de los hechos la demostración de que únicamente con la fuerza se impone la efectividad de los derechos.

Los obreros, teniendo razón sobrada, no conseguirán jamás nada, mientras no se hagan fuertes, con fuerza de rebeliones, y empleen toda su potencia contra el capital y contra el Estado.

COSAS NUESTRAS

Las organizaciones obreras, que ciertamente no son entidades anárquicas, sino núcleos de trabajadores deseosos de romper las cadenas del régimen de explotación y tiranía, marchaban estrechamente unidas en los lazos solidarios de la Federación y bajo su bandera se libraron recias y heroicas batallas contra la explotación capitalista y los avances reaccionarios del estado.

En la ex F. O. R. A. fué donde siempre se reunieron y trabajaron los anarquistas de la Argentina por darle una marcada tendencia de libertad a la acción de los trabajadores. Hemos amado a la Federación, a la *quintista*, que tantos malos ratos hizo pasar a la burguesía criolla, y que tantas veces corrió derrotados a socialistas y sindicalistas. Por su acción solidaria jamás discutida, por su finalidad y su espíritu de combate, empleando medios propios como la acción directa, el boicot y el sabotage, hemos amado y defendido a la Federación.

La Federación dió todo lo que los anarquistas trataron de imprimirle. Si no fué más fecunda en su acción la culpa la tienen los remisos, aquellos que nada han tratado de haser en el seno mismo de los conglomerados proletarios: el Sindicato y la Federación. ¿A qué quejarse?

¿Cuál es el remedio? ¡Trabajar, trabajar, trabajar!

La acción negadora realizada por el diario "La Protesta" y un grupo de personas que se han apoderado de los consejos federales y no con la conformidad de todos los adheridos, no puede jamás anular las horas de lucha y actividad revolucionarias que vivió el proletariado argentino, orientado con lo que hasta ayer fué F. O. R. A.

La resolución dictatorial de Agosto de 1924, no es el fracaso de la organización federalista de los trabajadores, sino la incomprensión por sus "*directores*", del pacto federal que los anarquistas imprimieran a la Federación, dejando en entera libertad a todos los Sindicatos.

En la Federación está la libertad, puesto que la libertad es la base sólida del federalismo.

La hora actual es de levantar el movimiento obrero, afirmarlo sólidamente. Las organizaciones obreras, disconformes con el camino negador y antifederalista en que se encamina la ex F. O. R. A., deben reunirse, ganar tiempo y trabajar en conjunto el levante general del proletariado. Debe, pues, resurgir, la Federación obrera, agrupando bajo la bandera del gremialismo anarquista, a todos los trabajadores amigos de la acción directa, el sabotage y la finalidad.

Federico A. Ritsche.

CAMPOS - FABRICAS - TALLERES

DE ROSARIO

El franco resurgimiento de la vida obrera y los continuos movimientos huelguísticos desarrollados en Rosario, desde hace varios meses, han sido merecedores de la atención de los compañeros que actúan en el resto de la región, ya motivando simpatías o provocando críticas y censuras. Para tranquilidad y satisfacción de todos y a fin de contribuir al mejor conocimiento de los hechos y evitar erróneas interpretaciones en desmedro de quienes actúan entusiastas en las luchas que nos ocupan, intentaremos una pequeña relación de sus causas originarias, procurando ser fieles y sintéticos.

En dos razones fundamentales finca este levantamiento de las organizaciones y actividades obreras. Una, de carácter económico y social; de orden político circunstancial, la otra.

Hacía tiempo que en fábricas, talleres y demás lugares de explotación, se encontraban los trabajadores dominados por un malestar inquietante, revelado en continuas murmuraciones de indignación y protestas individuales. En el ánimo de todos existía latente la voluntad de presentar resistencias, aunque sin atinar á asociar sus energías y vislumbrar claramente los medios defensivos para enfrentar la propia a la fuerza prepotente y esquilmadora del patronaje insaciable.

Ese clamor proletario, que traducía y reflejaba los sufrimientos y las tropelías sin fin, sin mayor trascendencia pero de mucha significación, impulsado y acicateado continuamente por los camaradas que a toda hora y en toda circunstancia desarrollan optimistas las tareas propagandistas, incendiando los corazones de ansias libertarias y anhelos justicieros, no podía tardar en concertarse en una acción colectiva que pugnara por conquistas inmediatas de mayor bienestar, en la primera ocasión favorable. Y ésta se presentó; a raíz del cambio de la situación política en la provincia de Santa Fe. Por demás lamentable y poco digna, esta circunstancia accidental, provocadora de la iniciación de hostilidades y afirmación de fuerzas por parte de las masas productoras, cuya potencialidad debe y puede bastarse a sí misma de una manera concluyente, sin necesidad de ingerencias extrañas e interesadas.

Un hábil gobierno y avezados políticos, que necesitan del pueblo obrero, o mejor dicho, del votante obrero, para afirmar su estabilidad tambaleante y satisfacer mezquinas aspiraciones de logreros vulgares, acogieron con benevolencia las primeras manifestaciones insurgentes de los núcleos gremiales, hasta entonces apáticos y que habíanse mantenidos durante largos años en el más desolador quietismo. Fué suficiente que la acción represiva de los poderes estatales, encargados de ahogar en sangre todo movimiento protestatario, no sé manifestara en la forma acostumbrada, para que los trabajadores irrumpiesen en masa por calles y plazas, clamando y exigiendo mejores condiciones de vida y de trabajo, estallando, al fin, esa rebeldía latente en todos los corazones doloridos, gesto que tuvo por virtud sembrar el pánico en las tranquilas y apacibles filas burguesas y capitalistas.

Es innegable, por tanto, que la influencia política ha jugado un papel importante, — aunque accidental, y sin compromisos — en este resurgir de actividades obreras, y que bastardos intereses de caudillos, que como el actual jefe de Policía, viejo conocedor de la psicología popular, quien pretende fortalecer su predominio político, en las actuales circunsancias, explican en forma elocuente la pasividad policial, en la presente emergencia. Esta es la verdad de los hechos, muy distante, por supuesto, a ciertas exageradas apreciaciones vertidas en algunos periódicos que traslucen impresiones falsas, dando la sensación de que los compañeros militantes en estos movimientos se han dejado absorber o se han visto envueltos en esos entretelones de asquerosa política. Eso es falso, sin fundamento, en absoluto. Lo atestigua la actuación clara y franca de todos los camaradas, empeñados diariamente en desenmascarar los bajos designios y logreros propósitos del Dr. Caballero y lo atestigua, además, el pueblo obrero que, en contacto nuestro, sigue con simpatía y entusiasmo nuestra brega constante por las prácticas y modalidades revolucionarias de estos movimientos.

En esta ocasión, más que en otra, es cuando los anarquistas deben actuar en forma directa, para oponerse encarnizadamente a los subalternos propósitos de políticos sin escrúpulos. Ahora, más que nunca, debemos estar y participar con nuestra acción fecunda y saludable, en los medios proletarios, para encauzar las fuerzas reivindicadoras por los senderos de la lucha justiciera, revolucionaria, y desviarlas de las peligrosas rutas cenagosas y nauseabundas.

Para esa tarea, estamos y estaremos siempre, en el seno del pueblo, que lo sabemos capaz de las acciones más sublimes, si somos capaces de reavivar esa conciencia latente, esa nobleza propia de la humanidad dolorida y de los grandes corazones de exquisita sensibilidad. A crear esa conciencia libertaria y a impulsar la acción rebelde, promisora de mejores días, han de tender todos los esfuerzos de los anarquistas. En eso estamos empeñados por encima de críticas ligeras y de censuras de harta suficiencia.

Corresponsal.

LOS CONFLICTOS HUELGUISTAS

Las huelgas no son deporte agradable como dicen y creen los periodistas a sueldo. Ellas representan miseria, dolor, hambre, amargura y desesperación. Sin ella más aún, ya que la resignación aumenta los abusos, vejámenes e injusticias del patronaje, el cual no teme a las pequeñas exigencias económicas, pero sí a los gestos altivos y valerosos de los trabajadores que se rebelan a la autoridad de los amos. Estos los quieren siempre sumisos, resignados. Y cuando hartos de tantas iniquidades, discuten, se reunen para ver cómo y de qué manera pueden oponerse a este eterno tren de abusos y esclavitudes, y se lanzan valerosos y enérgicos a la lucha, los patrones, a fin de no sufrir el ímpetu y coraje de los primeros momentos, firman con la mano el pliego que violarán poco después.

Tal ha sucedido con diferentes gremios que a los pocos días de dar por terminado el conflicto, viéronse obligados a iniciarlo de nuevo, provocados por los mismos burgueses que de este modo tantean y pretenden dividir las fuerzas proletarias para seguir en el mismo tren de abusos.

Albañiles, después de dar la vuelta al trabajo, a la primera semana intentaron no reconocer, unos, el pliego, y otros principiaron a tomar represalias con los que no se intimidaban con las amenazas de patrones y capataces, dándose gestos hermosos, por lo espontáneos y solidarios como el de las obras de **Clementín Hermanos**, en las que al ser despedidos cuatro compañeros, todos los demás sin excepción hicieron abandono de las tareas. A los dos días, ante la firmeza de estos compañeros, compareció e nel local un representante de esos burgueses y por acuerdo directo, sin que mediasen terceros, dieron la vuelta al trabajo todos juntos.

No quieren delegados en las obras por comprender que esto anula la personalidad del resto de los compañeros al conferirle derechos para que vele por lo que no sólo él tiene que velar, sino todos, y de esta manera se evita que los camaradas activos sean víctimas del boicot patronal, ya que esto no puede llevarse a cabo contra todos al protestar en masa en la obra cuando se intente cometer una injusticia.

Los **obreros carpinteros**, con un buen sentido de la lucha, se abocaron a un conflicto en el que están desde el miércoles 12 y en el que exigen la semana de 44 horas, abolición total de horas extras, del trabajo dominical y a destajo.

Con un concepto bien claro y definido de la solidaridad, estos camaradas quieren repartir el trabajo, no el hambre. Saben que a los patrones les conviene que haya siempre un remanente de desocupados, que es una constante amenaza para el gremio, y partiendo de esa base quieren repartir el trabajo entre todos, ya que todos tienen las mismas necesidades y el mismo derecho a la vida. Por eso es por lo que no reclaman aumento proporcional, sino la uniformidad del salario a 8 pesos, sin distinción, y tampoco reclaman el pago de 48 horas, sino de 44 que serán las que trabajarán. En este hermoso movimiento es digno de relevar el concepto solidario y humano, que anima a los huelguistas, de que las luchas hay que encararlas, no desde el punto de las capacidades, sino de las necesidades, para ir aboliendo las gerarquías profesionales en las que hay parias y privilegiados del trabajo.

Los camaradas tienen el deber de apoyar este movimiento simpático a toda vista, a fin de darle el mayor impulso, para que los otros gremios procuren imitarlo y vayan abandonando el aumento que no hace nada más que dividir a los trabajadores por la diferencia en el salario y el antagonismo jerárquico.

Luz y Fuerza se encuentra en un nuevo conflicto por las represalias tomadas con el personal que en el pasado movimiento actuó firme y tesoneramente y hoy es despedido con el cuento de la falta de trabajo.

Los huelguistas activan firmes y valientemente contra los obreros adictos a l aempresa, los que, no conformes en traicionar el movimiento, cometen actos de sabotaje, mandados por la misma empresa en sitios y lugares para que la opinión pública repudie estos hechos, acusándoselos a los huelguistas.

El sabotaje hecho a conciencia debe principiar por estos elementos de conservación que no hacen nada más que degenerar la lucha de obrero a obrero, y por un sueldo miserable hacen el papel repugnante de milicos. Ojo con ellos. Pignataro debe servirnos de ejemplo y no creer en la bondad de quien no la tiene.

Municipales concedió prórroga de quince días a la municipalidad para que discuta el pliego de condiciones presentado.

Los obreros municipales tienen que fiar en sus propias fuerzas y emplearlas en esta contienda que le aguarda, sin esperar nada de quienes siempre ylo único que hicieron fué y es engañar al pueblo vil y cobardemente: los políticos.

Refinería prosigue agitando el ambiente con el propósito de embarcar a los otros gremios en una huelga general. Los Foristas se creen que los movimientos se ganan con discursos grandilocuentes, en los que se ensalza a la **única y genuina organización auténtica de los trabajadores**, desconociendo y combatiendo a los que no comparten sus tácticas de lucha, con insidias, calumnias e infamias primero, y después solicitando solidaridad a los mismos que desconocen, por no adherirse a su sacrosanta institución.

Falta energía, emoción y combatividad en los obreros que militan en la Fora; no hay inquietudes, ideales y entusiasmos. Habituados a combatir por medio de armas innobles a los que no comparten sus opiniones, han adquirido la costumbre de hablar mal y ahora no pueden hablar bien aunque quieran.

Los obreros se desmoralizan y decepcionan al ver que de lo que menos se discute y preocupan es de hacer propaganda de los ideales que los animan.

Nosotros vemos en cada fracaso de la Fora un fracaso de una parte del pueblo. Nos duele, pero no podemos solidarizarnos con su manera de proceder, por preferir siempre fracasar con armas nobles antes de triunfar con armas malas.

No hay motivo para una huelga general. Los sindicatos nacen a la lucha, para morir combatiendo; y no por el temor de que un sindicato desaparezca vamos a abocarnos a un conflicto torpe, sin causas que lo originen.

Cuando un obrero es muerto por un liguista, se puede volcar la huelga y la agitación por entero contra tan nefasta como criminal institución. Si es por un esbirro del estado, podemos encarar la lucha contra él y la autoridad, dos factores de desorden. Pero ahora, ¿contra quién volcamos la agitación? ¿Tienen en cuenta los otros conflictos, como los de Carpinteros, Luz y Fuerza, el próximo de Municipales, etc.? ¿O no miran nada más que los intereses de su organización? ¿En qué situación quedarían los obreros en huelga al dar la vueltá al trabajo los otros gremios? ¿No quedarían en peores condiciones? ¿O les sobra caballo para ganar la carrera? Si es así, ¿para qué la huelga?

Los sindicatos deben tener fe y confianza en sí mismos y no estar esperanzados ni pendientes de la solidaridad de los otros. Textiles estuvo 69 días batallando firme y corajudamente hasta que triunfó. Los Telefonistas 52. ¿Qué hicieron éstos que hace 15 días que agitan el sonsonete de huelga general? Aquellos no eran de los suyos y comprendían entonces que las huelgas generales son medidas extremas a las que nos vemos abocados por instinto de defensa. ¿Y Radowitzky? De este poco os acordáis.

Yerbateros. El lunes 10, al medio día, declaróse en huelga el personal de la casa Estevez. Al día siguiente, a las 6 de la mañana, en circunstancias que un pequeño grupo de huelguistas intentaba persuadir pacíficamente el principal crumiro, éste sacó un revólver y disparó sobre el grupo hiriendo mortalmente en la nuca al compañero Salvador Pignataro, sobre cuyo cuerpo agonizante descargó todas las balas, corriendo luego a refugiarse en la fábrica.

Reuniéronse a la noche varios delegados de gremios autónomos y acordaron exigir que el principal y único responsable del hecho, el prepotente y encarnizado reaccionario Estevez, entregara a los parientes más próximos de la víctima la cantidad de 6 mil pesos que girarán a la viuda que se halla en Italia y arregle satisfactoriamente el conflicto por él provocado; en caso contrario, estos sindicatos boicotearán todos los productos elaborados por esa firma sin haber arreglo posible mientras no entregue la cantidad determinada y arregle con sus obreros.

Los obreros de **Mataderos** triunfaron en una serie de conflictos parciales. **Yerbateros** dió la vuelta al trabajo después de recuperar la libertad 20 camaradas detenidos.

El comité de Agitación pro Radowitzky realizó 2 conferencias. Una el jueves 13 en Balcarce y Güemes y otra el domingo 16 en Cochabamba y B. Oroño. En ambas se habló largo y tendido de nuestro hermano y se repartió profusamente material de propaganda relacionada con la agitación. Sería de desear que el pueblo y los compañeos tomaran más interés por esta campaña altamente noble y humana y no se dejaran absorber por la ilusión mejorativista.

Crotto.

Noticias de Bolivia

EL REFORMISMO EN ACCION

Con el nombre de "Solidaridad" ha comenzado a publicarse en La Paz un quincenario periodístico, que se dice órgano de la Federación de Artes Gráficas.

Por la lectura de sus artículos, la mayoría ofensivos al proletariado rebelde, y por la calidad de los redactores y colaboradores, se trata de un periódico reformista de ideas ultramontanas, donde campea la calumnia y la falta de criterio independiente para juzgar los movimientos sociales y los ideales reivindicadores que alientan los trabajadores del mundo entero. Se trata, pues, de un vocero en cuyas páginas se parapeta el capitalismo que explota sin piedad al paria boliviano tanto de las ciudades como del campo, y es sensible que individuos de la plebe se presten a esta maniobra de la burguesía criolla, infiriendo al trabajador una artera herida por la espalda.

"Solidaridad" no es periódico obrero aunque pretenda serlo; esto lo denunciamos ante los trabajadores no sólo de Bolivia, sino también del extranjero; es un enemigo más que se suma a la burguesía del altiplano y un obstáculo más que se opone a la propaganda de los ideales verazmente libertarios y emancipadores. De ahí que su aparición haya provocado la unánime condenación del proletariado consciente de La Paz, contra los chantagistas que manosean el nombre del pueblo con fines de lucro y figuración y lo más detestable de propaganda política en favor de un doctor fracasado y de un petulante indígena que ha vendido su conciencia por mil pesos y un viaje para "honrar" la memoria de un tirano argentino; nos referimos al famoso candidato comunista Demetrio Carrasco y al falso proletario que medra en las agrupaciones mutualistas: el célebre aborigén con cuello y gabán, Carlos Mendoza Mamani.

CUESTIONES SOCIALES

La existencia de algunos conflictos obreros en algunas fábricas de La Paz ha venido a demostrar a la burguesía y a su prensa, el recrudecimiento de la cuestión social, la lucha entre el capital y el trabajo.

Se decía que solamente el minero era un obrero digno de lástima y con este criterio muchos legisladores se han esforzado por dotar de leyes protectoras que en la práctica han caído en desuso o son una mina para abogados y médicos. Decían que el obrero urbano era un ser rico que no necesitaba protección; pero las últimas huelgas de La Paz, reclamando el aumento de salarios y por la excesiva jornada de trabajo, han evidenciado que el asalariado de la ciudad es el más sufrido.

Hemos visto cómo esas obreras de la Fábrica de Papeles y Cartones de un señor Taborga — futuro candidato a la presidencia de Bolivia, — trabajan por diez centavos la hora durante catorce horas diarias, hemos visto cómo el elemento masculino era sustituído por mujeres y niños para mantener los jornales bajos; hemos visto también el régimen de multas, humillaciones, exacciones a que se sometía al personal obrero de ese odioso feudo y hemos visto también con que arrogancia ha ido a la huelga en defensa de sus derechos, de su vida, de sus hogares y de su pan un puñado de mujeres y obreros, que si bien han salido derrotados, han revelado que el proletariado siente los anhelos de liberación.

Es, pues, una demostración práctica de que ya se sienta la necesidad de la lucha. El obrero de los feudos mineros y el de los feudos urbanos no tienen otro camino que aunar sus fuerzas y oponerse al bárbaro sistema capitalista.

Manco Kapac.

NOTAS

COMITE PRO PRESOS SOCIALES

Cantidades recibidas por rifas:

Lucila Polichela, cap., 5 pesos; G. Della Nina, Ing. White, 10; José Benito, cap., 5; H. Rodríguez, Córdoba, 10; L. B. Navoulet, Posadas, 10; T. Gamella, Paraná, 10; V. Barrio, La Plata, 10; S. Fonseca, San Nicolás, 10; Francisco Pinedo, Colón, 10; José N. Torres, San Agustín, 10; Manuel Otero, cap., 5; José Méndez, íd, 5; R. Avila, C. Prosperidad, 10; Bib. U. O. de las Canteras, Tandil, 10; C. Fernández, íd, 10; T. Fernández, íd, 10; H. Morales, Asturias, 0.50; S. Caballero, Tandil, 10; V. Corral, cap., 10; P. Carreño, Graciarena, 10; R. Batista, Conhelo, 10; Gabriel Berciano, Lobería, 10; Dionisio Fernández, Tandil, 15.

Valores y giros a José Vela, Loria 1194.

COMITE PRO PRESOS PROVINCIAL DE SANTA FE

Por renuncia del secretario anterior, en lo sucesivo toda correspondencia debe ser dirigida al nuevo secretario, Angel Martineti, Santa Fe 2378, Rosario.

AVISOS

La correspondencia para la **Agrupación "Sacco y Vanzetti"**, de Córdoba, debe ser enviada en adelante a: Sucre 364, Córdoba, F. C. C. A., e igualmente la del comp. H. Rodríguez.

El **Centro de Estibadores**, de **Teodolina**, solicita el envío de material de propaganda a nombre de **Francisco Ruiz, Estafeta San Marcelo**, Teodolina, F. C. P.

La correspondencia para el Centro de E. S. **Hacia la meta**, de **Villa Cañas**, debe ser dirigida a nombre de **Marcelino Gómez, Moreno 304, Villa Cañas, F. C. P.**

"LA TIERRA" tragedia de J. Lopez Pinillos

y "LA ANARQUIA Y LOS ANARQUISTAS"

Conferencia de Alberto S. Bianchi

Constituyen el programa de la velada que a beneficio de "LA ANTORCHA", se realizará el

DOMINGO 7 de Octubre a las 21 horas, en el salón "GARIBALDI" - Sarmiento 2419

- ENTRADA GENERAL $ 1.00 -

"LOS TRES"

En la próxima semana será puesto a la venta este volumen que contendrá las obras teatrales de Pico, Pacheco y Eichelbaum: "Trigo guacho", "El hombre de la plaza pública" y "N. N. homicida". Como ya dijimos, será un libro bien impreso y artísticamente presentado. "La Antorcha" tendrá ejemplares para servir a los compañeros, al precio de $ 1.50. Pero, tendrá pocos, y "enfrente" serán más caros. Haga su pedido con tiempo.

Administrativas

Encarecemos nuevamente a los compañeros la liquidación de los talonarios de rifa aun pendientes.

Ciudad. — Por subsc. Domingo Aragón, 4; Juan Raggio, 1; Rosario Cicco, 3; Alejandro Romano, paq., 5; Domingo Giordanelli, 2; un comp., don., 1; en adm., ejempl., 6.30; libros, 1.

Corral de Bustos. — Nazario Herrero, paq., 1.

Santiago del Estero. — J. M. Suárez, libros, 1.50; sub., 1.

Sáenz Peña. — Domingo Tardaguilla, subs., 2.

Chivilcoy. — Miguel Bonnano, libros, 5.60; sub., 4.70.

Alberdi. — José García, sub., 5.

Tandil. — Por subsc., M. Pardo, 1; J. Ejea, 3; A. Gallardo, 2; Remo Stella, 1.20; S. Molina, 1.20.

María Teresa. — Pablo Sequeira, subsc., 1.

Pergamino. — Manuel Sande, donación, 2.

Firmat. — Enrique Decandia, subscripción, 2.50.

Bolivia. — A. Canedo, subs., 0.80.

Avellaneda. — José Núñez, don., 1; E. Fernández, paq., 9.30.

Río 2o. — Centro O. Estudios Sociales, libros y folletos, 50.

Salta. — Rafael Francés, libros, 4.

Villa Cañás. — Juan C. Mosceta, libros, 1.

Graciarena. — Paulino Carreño, subsc., 5.

San Francisco. — Bibl. Máximo Gorki, libros, 8.20; don., 0.80.

Lobería. — Gabriel Berciano, subscripción, 2.

Tamangueyu. — Cándido Nicolás, subs., 2.40.

Lanús. — Serafín Viola. ¿En concepto de qué?, 11.50.

Comité Pro Presos Sociales. — D. Aragón, Ciudad, 1; Bibl. P. F. Ameghino, Santiago del Estero, lista voluntaria, 20; P. Sequeira, M. Teresa, 1; S. Bisignana, Lanús, lista 646, 8; Gabriel Berciano, Lobería, 1.

Ideas. — H. Morales, Asturias, 1; P. Carreño, Graciarena, 3.

Humanidad. — T. Fernández, Tandil, 1.60; Serafín Viola, Lanús, 2.80.

Comité A. A. Pro L. de S. Radowitzky. — Gabriel Berciano, Lobería, 2.

BALANCE GENERAL DE "LA ANTORCHA" DE JUNIO A DICIEMBRE DE 1927.

ENTRADAS	
Subscripciones	1.490.50
Paqueteros	1.853.85
Donaciones y listas	2.052.55
Beneficios	560.25
Rifas	89.20
Trabajos de imprenta	2.985.90
Recibido a cuenta de la iniciativa de la Bibl. Justicia y Libertad	200.—
Libros	500.55
Total	9.732.80
SALIDAS	
Alquileres	990.—
Linotipo	1.038.55
Papeles, cartulinas, tinta, etcétera	1.959.98
Jornales	906.80
Mat. de impr., nafta, grasa, aceite, hilo, etc.	192.95
Luz y fuerza	151.05
Impresión del periódico en rotativa	2.507.50
Saldo de la máq. de escribir	165.—
Franqueo del periódico, encom. y exped.	796.90
Clichés	120.40
Compra de libros	181.65
Telegramas y com. telef.	30.82
Tranvías, autos y acarreos	213.40
Subsc. a diarios, impuestos y gastos varios	165.15
Gastos de mudanza, instalación y refacción	174.95
Depósito en la C.H.A.D.E.	40.—
Total	9.635.10
RESUMEN	
Entradas	9.732.80
Salidas	9.635.10
Superávit de este bal.	97.70
Déficit anterior	1.783.90
Déficit al 31-12-1927	1.686.20

Pedimos encarecidamente a los compañeros, grupos y periódicos a quienes enviamos, a su pedido, clichés, los devuelvan apenas sean utilizados, pues otros grupos y periódicos los solicitan, además de necesitarse a menudo en nuestra imprenta.